



LAS TINIEBLAS DE CHRISTO.

PRIMERA PARTE.

Qué es esto, Cielos que es-
 cucho?
 qué nuevo asombro, y
 estruendo
 á Jerusalén perturba,
 para admiración del Cielo,
 de Caxas, y de trompetas,
 de gritos, voces, y acentos,
 que parece que se hunde
 ó que todo se esta ardiendo?
 Pero quien es aquel hombre,
 que à cuestas trae un Madero,
 tan pesado, que parece,
 que no es madera, que es hierro?
 Sino es que yerros del hombre
 le agovian con mayor peso
 pagando culpas ajenas,

de intolerable tormento.
 Una Corona de Espinas
 en su Cabeza le han puesto,
 sin duda es Rey, ó lo hacen,
 pero Rey, y siendo Rey
 oy te vé todo el concurso.
 El rostro trae sangriento;
 que las espinas le clavan
 frente, sienes, y cerebro.
 Su Cuerpo cicatrizado
 desde la planta al cabello;
 sus ojos que eran cristalés,
 son empañados, pues ciegos,
 ni mira por donde vá,
 ni huye de los tormentos.
 Denegrado todo el rostro,
 y que de la sangre, crece,

todo tan desfigurado,
que vivo parece muerto.
Viles salivas le arrojan
aquellos hombres obscenos:
unos le dan bofetadas
en su rostro tan sereno,
otros puñados de tierra
le arrojan cada momento;
otros le dan puntapiés,
golpe sobre golpe haciendo
aquel Cuerpo tan humilde
de tanto necio terrero,
y como escoria del mundo
es de todo vituperio.
Con dos sogas lleva atado
aquel bellissimo Cuerpo,
de la garganta desuella,
tirando el esparto nuevo.
Uno rira por delante:
Malco sin duda es el mismo,
el que estaba en la Piscina
de tantos años enfermo,
y le dió JESUS la vida,
que es el mismo que allí veo,
y en pago de esto le dá
este bien, quando en el Huerto
la oreja sanó, que allí
se la derribó aquel Pedro.
Este delante de Anás,
que dice habló desatento,
le dió una gran bofetada,
señalandole los dedos,
y ahora de esta manera
le paga este bien; y luego
el otro, que vá detras,
tira de la soga recio;
uno tirá, y otro tira,
mil baybenes le dá el Cuerpo,
sin duda que ha de caer,
para levantarse al Cielo,
que es caer, y levantarse
en los justos lo perfecto.

Una túnica le cubre
morada, y por ese suelo
dexa el rastro de la sangre,
de nuestra Redencion precio.
La barba vá ensangrentada
como la boca lo mesmo,
y boca, que habló verdades,
pone el mundo con pretextos
Hecho el cabello torcidas,
pegado á su espalda veo,
que el camino de la sangre
junta el oro de su pelo.
Pero ya otra vez le tiran,
y del palo, que es mas grueso
pues con quinze pies de largo,
hecho cruz daño le han hecho,
porque una llaga mortal
parece que la vá abriendo,
y veo que se descubren
por ella misma tres huesos,
que la túnica caida
por aqueste lado izquierdo
se vé muy claro la llaga;
qué dolor! valgame el Cielo!
Luego al menear que lleva
el Cuerpo con sus paseos,
dá la Cruz en la cabeza,
otro dolor mas acerbo.
Ha, hombrés, tened piedad;
qué piedad? mas recio, recio
tira el uno, y tira el otro.
Ay Dios, que cayó en el suelo!
La Cruz le dió en la cabeza,
las espinas mas le abrieron,
las rodillas le rompió,
las manos la boca, y pecho.
Ya se quiere levantar,
no puede, llegad de quedo,
que es lastima; mas ya llegan,
y á empellones, y remesos,
á puntapiés, y puñadas
le hacen volver al suelo.

Acude la barahunda,
Soldados, y Fariseos,
la multitud de Caballos,
las voces de pregoneros,
los destemplados tambores,
las Trompetas, y á este tiempo
por ese suelo arrastrando
el mansísimo Cordero;
pues que para levantarlo
asi lo arrastran primero.
Mas ya está en pie ya camina,
flacos los pasos, y lentos,
descaecido de fuerzas,
temblando piernas, y cuerpo?
Quien es aquella Muger
tan hermosa, mas que el Cielo,
como el Sol con aquel Hombre,
que vá llorando, y gimiendo?
Pero sin duda es su Madre:
mas ya le sale al encuentro:
ya se miran, ya se humillan
á adorar al Nazareno.
No ví muger mas humilde;
pero con tal Hijo, creo,
que ha de ser la Madre tal,
que admira al mundo lo bello.
Un hombre viene á ayudarle,
y este es Simón Syrinco,
sí, que alquilado lo traen,
que le ayude para esto.
Allí salió una muger,
que muy claramente veo,
que la Veronica es,
y con un blanco pañuelo
limpió su Rostro: O milagro,
q̄ en tres partes quedó impreso
con el sudor, y la sangre,
aquel Rostro tan perfecto!
Otra vez tiran, cayó;
y con é, hacen lo mesmo.
O Nazarena! felice
el que te imitare en esto!

Ya vuelve otra vez á andar
mas de una casieron
llorando allí dos mugeres,
y dice Christo, atendiendo
á su llanto: Callad, hijas
de Jerusalén, que es tiempo
de que lloreis por vosotras,
y vuestros hijos pequeños,
que en algun dia querran,
viendo á mi Padre severo,
que se los trague la tierra
en sus mas profundos senos;
no para de caminar.
Otra vez tiran, ay Cielo,
que cayó tercera vez!
Pero ya vá casi muerto.
Ya llega, en fin al Calvario,
ya le quitan el Madero,
y la túnica tambien:
JESUS, JESUS, q̄ esqueleto!
Rompida toda la espalda,
los huesos sin carne secos;
aquel armiño tan blanco
colorea su amor mesmo.
Los azules cardenales
de los golpes, y de encuentros
siembran de azucenas todo
el campo de azules velos.
Un abismo es de dolores,
todo herido, todo el cuerpo
ensangrentado produce
lastimas, y sentimientos.
Sed tiene, á beber le dán
en vaso; pero ay Cielo,
que aquello es hiel, y vinagre
mezclado; y luego, luego
lo tienden sobre la Cruz,
y ya que aquel Ver-lugo fiero
le vá á clavar una mano
con clavo, y martillo, veo.
Dá un golpe, el mudo se asusta,
pero no tiemblan los pechos:

y la otra mano no alcanza,
para llegar al barreno.
Tres hombres tiran del brazo
con fuerza: llegó, y lo mesmo
hacen con los pies sagrados:
y luego (dolor inmenso!)
lo volvieron, y sientan
encima de aquel Madero
para remachar los clavos:
ó corazoñes de azero!
Ya lo levantan en alto,
ya clama al Padre, diciendo:
Cómo me has desamparado?
Oye las voces del mesmo,
y entre dos Ladrones, que
no fuè malhechor, y veo
que al uno el Cielo promete,
sin duda es Dios verdadero.
Sed dice otra vez que tiene,
y ya á sus labios sedientos
le aplicaron una esponja,
probóla, ó pesar eterno!
A su Madre: Muger (dice)
ves a) á tu Hijo, y al mesmo
dice: Ves a) á tu Madre,
porque á sus pies están puestos,
Otros le dicen blasfemias,
y con ellas escupiendo,
le dicen: Si tu eres Hijo
de Dios, como estás diciendo,
baxa de la Cruz, si puedes,
à gozar aplausos nuevos;
los otros, que como Rey
goze los triunfos, que vemos.
Al Cielo mira, y ya dice:

En tus manos encomiendo,
Señor, mi Espiritu. Ay Dios,
que ya murió! Santo Cielo,
què eclipse la luz padece?
Que se acaba el mundo creo:
ó que los Cielos se hunden,
ó que ya lloran los vientos.
Mas qué prodigio es aquel,
que sobre un caballo á un ciego
trae un sayon de la rienda,
y une la lanza con hierro?
Al Monte Calvario sube
y junto á la Cruz le han puesto,
y dicen que lo alcance:
ya entristra el asta, y el freno,
ya acomete su caballo.
Detente ciego, qué has hecho?
Una lanzada le dió,
y fuè en la mitad del pecho.
Ha tiranos, de esa suerte
se alancea un hombre muerto?
No se fastidia la ira,
ni vuestro mal tiene asedio;
pues que veis, que por la herida
sangre, y agua arroja à un tièpo,
y dando al ciego en los ojos,
lo turbó, y cayó en el suelo.
Mas ya se van, y lo dexan
cõ unos guardas que han puesto,
quedando la triste Madre
al pie de la Cruz. Con esto,
en el segundo Romance
dirà felice, y atento,
Lucas del Olmo, y Alfonso
de las Tinieblas lo mesmo.

*Con licencia: En Cordoba en la Imprenta de Don
Luis de Ramos, Plazuela de las Cañas.*